

PENÍNSULA ODISEAS

Las cenizas del califato

Mikel Ayestaran

De las garras de Estado Islámico
a la supervivencia



Las cenizas del califato

Mikel Ayestaran

De las garras de Estado Islámico a la supervivencia

ediciones península

© Mikel Ayestaran Ayerra, 2018

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2018

Mapa al cuidado de Gradualmap

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Avda. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
ROMANYÀ-VALLS - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 8.001 - 2018
ISBN: 978-84-9942-706-5

ÍNDICE

Cronología del califato	13
Prólogo	21
1. BAGDAD. El nacimiento de la bestia	31
2. MOSUL. La gran batalla	45
3. PALMIRA. El oasis sirio donde se izó dos veces la bandera negra	69
4. JERUSALÉN. Esperando en la Ciudad Santa	85
5. MOSUL. Vuelta a la gran capital de EI	91
6. GAZA. Cara a cara con un seguidor del califa	111
7. BAGDAD. Milicias al poder	133
8. FALUYA. La ciudad de las mezquitas quiere pasar página	151
9. TIKRIT. Los hijos de EI se refugian en la ciudad de Sadam	161
10. DAMASCO. El búnker del régimen	173
11. ALEPO. Después de la guerra	195
12. DEIR HA FER. La plaza de las decapitaciones	207
13. AKERBAT. Un museo del terror al aire libre	223
Epílogo	233
Agradecimientos	239

BAGDAD

EL NACIMIENTO DE LA BESTIA

Julio de 2014

«Este es un mensaje para todos los jóvenes en edad de pelear que quieran derrocar al Gobierno infiel de Maliki. Hemos llegado a Bagdad y comienza la guerra por la liberación de la capital. ¡Uníos todos a la lucha contra los infieles!», repite Ahmed Jobhe con miedo. Recuerda palabra por palabra el mensaje que sorprendió al vecindario en mitad de la noche. Parpadea con rapidez, mira a la puerta de reajo y fuma. Aspira como si fuera el último cigarro de un condenado a muerte. Delgado hasta el extremo, el pitillo se confunde con sus dedos huesudos y pálidos. No esperaba visita: viste una túnica marrón clara con manchas por todos lados. Pide disculpas por su aspecto. Solo habla porque es amigo de la infancia de mi taxista, Abu Anwar; y esta es la única forma de llegar a la mayoría de las fuentes en este Irak pos-Sadam Huseín donde nadie se fía de nadie. La caída del dictador y la posterior guerra sectaria no han podido con la amistad que unía y une a estos dos conductores, uno chií y el otro suní.

Desde la caída de Mosul hace menos de un mes y la posterior proclamación del califato por parte del grupo Estado Islámico (EI), el ejército ha registrado dos veces las casas de Ahmed y de todo el vecindario en busca de armas y sospechosos de colaborar con los yihadistas. Este grupo ha sorprendido al mundo por su capacidad de penetración en Siria y su rápido avance en Irak, pero no tanto a la población iraquí, testigo directo de la evolución de esta bestia, que incluso se ha rebelado ante la hasta ahora intocable Al Qaeda (fundada por Osama bin Laden) para disputarle el puesto de mayor amenaza global y, sobre todo, para poder establecer un califato físico en el corazón de Oriente Medio. El EI nació en el 2004, un año después de la invasión estadounidense de Irak, con el nombre de Yama'at al Tawhid wal Yihad (Organización del Monoteísmo y la Yihad), y fue cambiando de denominación hasta llegar a la de Estado Islámico o Dáesh (en árabe, Ad Dawla al Islamiya, por lo que sus seguidores lo llaman, simplemente, Dawla, es decir, Estado). Diferentes denominaciones y diferentes líderes para una misma idea que ha ido cambiando de nombre pero nunca de objetivo: la restauración del califato y la vuelta a los tiempos del Profeta.

Ahmed reside en Gaziliya, un barrio de la periferia de Bagdad situado en plena carretera hacia la provincia de Al Anbar y dividido por un muro que separa a suníes y chiíes, las dos ramas mayoritarias del islam, que viven una auténtica guerra civil en Irak desde la caída de Sadam Huseín. Se trata de una de las paredes de cemento que los estadounidenses importaron para blindar sus bases, y que pronto comenzaron a usar también como empalizadas para separar a las dos ramas del islam en los pocos barrios mixtos en los que aún queda algo de mezcla entre suníes y chiíes.

«Desde el 2010 no hay problemas: cada uno vive en su lado y hay mucha presencia de las fuerzas de seguridad iraquíes. Los chiíes las ven como una garantía; nosotros, como una amenaza, porque funcionan como auténticas milicias: son auténticas mili-

cias, no fuerzas regulares al servicio del país», denuncia sin tapujos Ahmed, suní, que no piensa moverse de un barrio donde ha vivido toda su vida, del que sí se ha tenido que ir Abu Anwar, chií, que ahora reside en las inmediaciones de la Ciudad al-Sadr, el gran bastión del chiismo en la capital. Nacieron a muy pocos metros de distancia, estudiaron en la misma escuela y se casaron a edades parecidas, pero la guerra sectaria acabó con la convivencia.

De pronto, llaman a la puerta. Ahmed se levanta de un salto. El cigarro cae encendido sobre la alfombra. Corre a la puerta metálica, de la que cuelgan decenas de bolsas de plástico, y pregunta quién es. Una voz responde, y la tensión desaparece del rostro del taxista, que abre la puerta y deja pasar a un hombretón regordete y bigotudo que trae en la mano otra bolsa más de plástico con algo dentro. Ahmed da un grito y, al instante, aparece su hija desde detrás de una cortina y se lleva la mercancía. A los pocos minutos reaparece la niña, vestida con un chándal rosa de Barbie y cubierta con un hiyab negro, con un bizcocho de limón en un plato que pone sobre la mesa, y después vuelve a entrar, pero esta vez con cinco tazas de té y refrescos. Ahora ya puede empezar la entrevista.

—El barrio dormía cuando comenzaron a llegar vehículos y más vehículos hasta la plaza más céntrica —recuerda nuestro anfitrión—; los motores se detuvieron al mismo tiempo que los megáfonos saludaban a los vecinos: «Este es un mensaje para todos los jóvenes en edad de pelear que quieran derrocar al Gobierno infiel de Maliki. Hemos llegado a Bagdad y comienza la guerra por la liberación de la capital. ¡Uníos todos a la lucha contra los infieles!».

Al terminar estas palabras, comenzaron a sonar las *nasheed*, canciones de contenido religioso entonadas a coro que EI emplea en sus vídeos, y mensajes de audio con fines propagandísticos. Según las autoridades del califato, «las canciones y la música están prohibidas en el islam porque pueden hacer que uno deje de

recordar a Dios y el Corán». Son una tentación y una forma de corromper el corazón. Una de las primeras medidas del grupo fue prohibir la música y el baile y destrozar los instrumentos en las plazas de los pueblos por considerarlos «satánicos»; pese a ello, las *nasheed* suenan desde el primer instante como la auténtica banda sonora del califato.

—Es imposible describir el sentimiento que se apoderó de todos en la casa al escuchar esas palabras y las *nasheed* —recuerda Ahmed, que sigue fiel al cigarro pese al bizcocho y las bebidas—. Me asomé al ventanuco de la cocina y, desde allí, pude ver a varios hombres encapuchados, bien armados. Los coches eran vehículos todoterreno y llevaban... llevaban la bandera negra del Dáesh, la misma que ondea en Faluya, Mosul, Tikrit o Al Raqa. Eran ellos. Tal y como prometieron tras capturar Mosul, hace unas semanas, habían logrado llegar a la capital para echar de una vez a los infieles del poder —narra sin poder contener la emoción pero sin levantar demasiado la voz.

Cada vez que acaba con una frase, mira a Flayeh al Mayali, mi traductor, y le hace un gesto para que traduzca palabra por palabra. No quiere que se pierda información de su relato. Flayeh, todo un profesional, se limita a traducir, y deja las interpretaciones —tan importantes en todas las entrevistas en esta parte del mundo— para cuando salgamos de la casa. Flayeh es chií, de Diwaniya, y uno de los traductores más veteranos y experimentados de Bagdad. Fue uno de los miles de iraquíes becados por el Gobierno de Sadam Huseín para estudiar idiomas en el extranjero, y, en su caso, viajó a Madrid. Su español es perfecto y, además de saber traducir, es capaz de interpretar perfectamente cada situación, cada entrevista; un punto clave para cualquier occidental que quiera enterarse de algo en lugares tan complejos como el Irak pos-Sadam. «No me gusta esta gente, no me fío», repite una y otra vez cuando le pido trabajar en zonas suníes, aunque en esta ocasión, con la ayuda de nuestro taxista, parece

cómodo y centrado. Desde fuera se puede juzgar esta actitud; sin embargo, cuando uno ha vivido la guerra sectaria en primera persona, con su familia expuesta a morir en un coche bomba en cualquier momento, es mejor callarse. Los discursos sobre la necesidad de una reconciliación nacional y demás eslóganes son propios de una comunidad internacional cuyos representantes viven atrincherados en la Zona Verde de la capital, con sueldos tan elevados como breves son sus misiones en Irak y, por supuesto, a salvo de los coches bomba. Las palabras sobran ante el muro de odio y desconfianza levantado a base de muertos por parte de las dos principales ramas islámicas del país. Solo el tiempo podrá curar la herida.

En julio del 2014, Bagdad es el nuevo objetivo de Estado Islámico, como insisten en cada mensaje que lanzan desde la caída de Mosul, la tercera ciudad más importante del país, con setecientos mil habitantes, y cuna de Nínive, una de las urbes más destacadas de la historia de Oriente Medio. Para entender la irrupción de este grupo, hay que abrir una ventana al pasado y mirar la cadena de desastres que asolan a la región desde la invasión de Estados Unidos, en el 2003. Una ventana que nos permita mirar también a la vecina Siria, país que, desde la revuelta contra el régimen que estalló en el 2011, se ha partido en mil pedazos.

El EI es el último eslabón de la lista de formaciones radicales que surgieron con la misión de expulsar a las fuerzas estadounidenses y a sus aliados. Una vez lo hubo conseguido, el grupo puso en su punto de mira a los Gobiernos de Bagdad y Damasco. Bush dio la guerra por terminada el 1 de mayo del 2003, al proclamar «Misión cumplida» a bordo del portaviones *USS Abraham Lincoln*. Sin embargo, catorce años y doscientos mil civiles muertos después, según los datos de la organización Iraq Body Count, Irak se desangraba de nuevo y, esta vez, en compañía de Siria.

El 60 por ciento de los iraquíes sigue el chiismo duodecimano, el mismo que rige en el vecino Irán, frente al 30 por ciento

suní, rama a la que pertenecía Sadam y que es la mayoritaria en el islam. Durante la dictadura de Sadam fue la minoría suní del país la que ocupó los puestos de poder, mientras que la mayoría chií se sentía discriminada y vio cómo sus principales líderes religiosos eran perseguidos y asesinados, lo que los llevó a buscar refugio en países como Irán.

En diciembre del 2012 y enero de 2013, las principales ciudades suníes de Irak empezaron a organizar protestas semanales contra el Gobierno de Nuri al Maliki, el político cuyo nombramiento como primer ministro de Irak había sido saludado como «un logro histórico» por Bush. El entonces presidente de Estados Unidos definió su elección en el 2006 como «un hito hacia la democracia de Irak», y envió a la toma de posesión en Bagdad a su secretaria de Estado, Condoleezza Rice, como demostración de su apoyo sin fisuras. Maliki personifica los problemas de un Irak dividido, y se le acusa de gobernar de forma sectaria, beneficiando a la mayoría chií del país, grupo por el que ha luchado toda su vida.

La chispa que hizo subir la temperatura de las movilizaciones suníes fue el intento de la Justicia de procesar al exministro de Economía y líder de esta rama del islam en Irak, Rafi al Isawi. Aquellos días del 2013, en los que se cumplían los diez años de la invasión estadounidense, tuve la oportunidad de viajar a Bagdad. Fue muy difícil convencer a los medios con los que trabajo de la necesidad de regresar a Irak —el país había desaparecido de la agenda tras la retirada militar estadounidense—, pero al final pude ir allí a pasar cuatro días. La percha informativa era el aniversario de la invasión, pero entrevista a entrevista me di cuenta de que la entonces famosa Primavera Árabe de Túnez, Egipto, Libia, Yemen o Siria había llegado también en cierta forma a Irak. El ejemplo de las plazas abarrotadas pidiendo cambios políticos y libertad se podía ver cada viernes en Mosul y, sobre todo, en Ramadi y Faluya, ciudades de la provincia de Al Anbar convertidas

en epicentro de las movilizaciones semanales. Estado Islámico de Irak, nombre que usaba entonces el grupo, estaba presente en la sombra en cada una de estas movilizaciones de los viernes.

A finales de la primavera de ese mismo 2013, EI cruzó la frontera siria, extendió sus operaciones al país vecino y pasó a llamarse Estado Islámico de Irak y el Levante (EIL). En Siria, el equilibrio sectario es justo el contrario al de Irak, y es la minoría chií y alauí, rama del chiismo a la que pertenece la familia Al Asad, la que ostenta el poder, en detrimento de la mayoría suní; un factor que, para los yihadistas, se presentaba como garantía de éxito para acelerar su ofensiva. El problema radicó en que la sintonía entre insurgentes iraquíes y sirios se fue al traste con el paso de los meses, y estalló una guerra interna que atomizó aún más a la oposición, debilitada ante un régimen firmemente apoyado por Irán y Rusia. El EI fue uno de los grandes triunfadores en esta guerra interna, y su bandera negra comenzó a izarse en las zonas que quedaban fuera del control del Gobierno. El negro de la yihad, de la guerra santa, dejaba en segundo lugar la lucha por una nueva Siria, a la que sustituía por la construcción del califato. Los mandos del Ejército Libre Sirio (ELS), principal facción armada opositora en los primeros días de la revuelta, alertaron de este giro radical que se estaba produciendo entre las fuerzas opositoras; sin embargo, cuando estos esperaban obtener el compromiso de Estados Unidos para la llegada de armas y equipamiento, lo único que recibieron fue una oferta para «entrenar a treinta combatientes por mes». Después de dos años de guerra, la calificada desde el exterior como «oposición moderada» carecía de medios, y seguía sometida a un embargo de armas por parte de Europa y Estados Unidos. El caos interno y la falta de ayuda externa aceleraron las deserciones de combatientes que se habían enrolado en las filas islamistas, «sobre todo, porque sabían que allí contarían con armas y municiones», alertaban los mandos del ELS cada vez que se les preguntaba por la situación en sus filas.

El levantamiento sirio contra Al Asad discurría en paralelo a las protestas semanales en Irak, y el clima belicoso se contagió con rapidez. Las autoridades de Bagdad ordenaron la evacuación de las acampadas de protesta suníes, pero, cuando las fuerzas de seguridad cargaron en el centro de Ramadi y Faluya, se encontraron con la respuesta armada de EI, que se erigió como defensor de las movilizaciones. Los yihadistas aprovecharon la situación: dieron un golpe sobre la mesa y obligaron a ejército y policía a retirarse de estas ciudades en apenas cuarenta y ocho horas. El califato daba sus primeros pasos: tomaba el pulso a unas fuerzas de seguridad sin demasiada motivación para defender unas ciudades en las que se las veía como fuerzas invasoras. Con el paso de los meses, este grupo había logrado monopolizar el odio y las ansias de venganza de la minoría suní, arrinconada desde la invasión de Estados Unidos y, sobre todo, apartada del poder que había ostentado durante el mandato de Sadam.

La provincia iraquí de Al Anbar fue la primera piedra, la base de un califato que en pocos meses se lanzó a por el resto de bastiones suníes de Irak de forma progresiva. «Con el permiso de Alá, no cesaremos esta serie de benditas conquistas hasta que Dios cumpla sus promesas o nosotros muramos», rezaba el comunicado colgado por los yihadistas en las redes sociales tras la «liberación» de Mosul, el 10 de junio del 2014. El grupo radical cumplió su palabra, veinticuatro horas más tarde, con la toma de Tikrit, ciudad natal de Sadam Huseín situada a 160 kilómetros al norte de Bagdad, y de la vecina Baiji, donde se encuentra la principal refinera de petróleo de Irak. Apenas un año después de que los yihadistas decidieran unificar los frentes de Irak y Siria con la idea de establecer allí su califato, estos vivían su mejor momento y eran dueños de la frontera entre los dos países, una zona desértica y porosa demasiado alejada de Damasco y Bagdad.

Tras ocho años de trabajo en la sombra en Irak, reivindicando atentados y masacres múltiples en el nombre de Alá y bajo dife-

rentes siglas, la toma de Mosul elevó hasta los altares yihadistas a Al Bagdadi. Poco se sabe de la biografía de este religioso por cuya cabeza Washington ofrecía diez millones de dólares, cantidad que subió a veinticinco al autoproclamarse califa. En su orden de búsqueda y captura, se podía leer que «nació en Samarra, al norte de Bagdad, en 1971; tiene ojos marrones, barba y pelo corto». Apenas había dos imágenes suyas y nunca aparecía en vídeos, a diferencia de Osama bin Laden o de su sucesor al frente de Al Qaeda, Ayman al Zauahiri. El *modus operandi* de esta especie de Jeque Invisible (sobrenombre por el que lo conocían sus seguidores) le sirvió para erigirse en la nueva gran figura del yihadismo mundial. Al Bagdadi estaba al frente de un grupo que, aunque nació para combatir la ocupación de Estados Unidos, pronto se convirtió en el estandarte suní en la guerra sectaria que asoló al país. Este fue el escenario en el que entró en escena el califa, quien estuvo preso en la cárcel de Camp Bucca, en el sur del país, en los primeros años de ocupación estadounidense.

Desde el primer día, Al Bagdadi perseguía un fin tangible, un Estado en el que imponer la *sharía* (ley islámica) e izar una bandera, lo que le hizo ganar muchos adeptos entre los seguidores de la yihad y sus financiadores, hasta entonces acostumbrados a la clandestinidad de Al Qaeda. Al líder de Estado Islámico no le importó desafiar la autoridad de Al Zauahiri. El médico egipcio le pidió que saliera de Siria y dejara combatir allí al Frente al Nusra, el brazo armado reconocido de la organización, pero Abu Bakr no solo no le hizo caso, sino que, además de pelear contra el presidente sirio, Bashar al Asad, también inició su lucha contra el resto de los grupos opositores. Su objetivo era consolidar su hegemonía en las zonas liberadas, donde impuso el islam con mano de hierro, de manera similar a como lo hizo el emirato establecido por los talibanes en Afganistán antes de la invasión de Estados Unidos del 2001. La mejor comparación posible del islam de EI es el emirato de los talibanes en Afganistán.

Tras la toma de Mosul en junio del 2014, el Gobierno de Irak estaba fuera de juego y el ejército en plena estampida, y fueron las autoridades religiosas chiíes las que reaccionaron. El gran ayatolá Alí al Sistani, su clérigo más importante, realizó un llamamiento a tomar las armas contra los yihadistas. «Los ciudadanos que pueden llevar armas y luchar contra los terroristas para defender a su país, su pueblo y sus lugares santos deben ofrecerse voluntarios y enrolarse en las fuerzas de seguridad para cumplir con este objetivo sagrado», declaró en nombre de Sistani un ayudante del religioso en la ciudad santa de Kerbala, en un discurso en el que calificó de «mártir» a todo aquel que muriera en esta lucha. Las palabras de este clérigo de ochenta y tres años son siempre órdenes directas para sus seguidores, por lo que los camiones con voluntarios se pusieron pronto en camino hacia ciudades como Samarra, a 130 kilómetros al norte de Bagdad, donde ya se habían producido los primeros choques entre yihadistas y milicias chiíes. Esta urbe es un punto clave en el conflicto religioso interno que sufre el país, ya que allí se encuentra la mezquita chií de Al Askari, la misma de gran cúpula dorada que sufrió un atentado en el 2006, detonante de la primera guerra sectaria. Desde el fallecimiento del gran ayatolá Hosein Alí Montazerí en Qom (Irán) en el 2011, Alí al Sistani era el único religioso con estatus de *marya' taqlid* (fuente de ejemplo) dentro de esta rama del islam, mayoritaria en países como Irak e Irán. Desde la invasión de Estados Unidos, sus intervenciones han resultado siempre decisivas para el control de la parte del país chií, y volvieron a serlo para frenar al califato.

Además de Al Sistani, también el vecino Gobierno de Irán, donde el 89 por ciento de la población es chií, movió ficha, y el presidente, Hasán Rohaní, declaró que «la República Islámica no tolerará esta violencia y terrorismo [...] combatiremos el extremismo en esta región y en todo el mundo». Irán fue el primer país extranjero en reaccionar ante una amenaza que pronto se

convertiría en global, a raíz de los ataques en Occidente y de la ejecución de rehenes estadounidenses o británicos.

Tras la toma relámpago de Mosul y Tikrit, los yihadistas penetraron también en la provincia de Diala. En cada uno de estos ataques, las fuerzas de seguridad se retiraban de sus posiciones sin ofrecer resistencia y dejando enormes arsenales de armas en manos enemigas. El objetivo final entonces, en 2014, según sus portavoces, es llegar a Bagdad, y la capital se prepara ahora para esa posible ofensiva con un fuerte despliegue de tropas en todos los accesos.

En medio de este clima apocalíptico en Bagdad, trato de hablar con Ahmed de lo vivido en las últimas horas en su barrio. Nervioso y con miedo de que alguien haya visto entrar a un extranjero en su casa, me pide que vayamos a dar un paseo para que no parezca que lo nuestro es algo secreto. Acepto. Nos ponemos en pie y, tras volvernos a poner el calzado en la puerta de la casa, bajamos por las escaleras estrechas de acceso y caminamos por Gaziliya, donde aún están abiertas las heridas de la guerra sectaria. A pocos metros de la casa hay una mezquita chií destruida. Ahmed camina a paso muy lento, está a la defensiva y reflexiona en voz alta:

—Aquí somos nosotros, los suníes, los que tenemos miedo, no ellos. Es imposible un levantamiento en Bagdad como el de Mosul y Tikrit, y es que no podemos ni movernos, pero que nadie ponga en duda que lo que está viviendo nuestro país estos días es una revolución en toda regla.

—¿Al estilo de lo que se ha vivido en Túnez, Egipto, Libia, Siria o Yemen? —pregunto, intentado establecer una conexión con la llamada Primavera Árabe, que en el 2011 afectó a estos países árabes y culminó con la caída de todos sus dirigentes, excepto de Bashar al Asad.

A lo que Ahmed me responde:

—Lo de Irak va mucho más lejos que un simple cambio político porque estamos hablando del establecimiento de un califato,

un punto de referencia para todos los musulmanes del mundo. Yo creo que esto es imparable.

Caminamos por la calle principal, que está desierta. Los comercios tapan sus escaparates con telas para proteger la mercancía del sol, y, aunque no se ve gente, uno tiene la sensación de que hay mil ojos observando aquí y allá. Ahmed lo sabe, y por eso pone fin pronto al paseo y regresamos hacia su casa. El coche está aparcado cerca, junto al puesto de control de la entrada. El Dodge de color amarillo chillón es inconfundible. A simple vista, se trata del peor coche posible para pasar inadvertido (que sería lo más conveniente en este Bagdad), pero se ha puesto de moda y, por tanto, ha dejado de ser algo exótico en las carreteras de la capital. Al pasar por una pequeña plaza, Ahmed señala la parte central.

—Aquí pasó todo. Los coches estaban parados junto a esta farola para que todos los vecinos pudiéramos verlos y escuchar sus mensajes. Fue muy rápido, apenas unos minutos... —No termina la frase y sigue caminando hacia su casa, esta vez con paso más ligero.

No subimos. La despedida es a pie de escalera y bajo el tipo de sol sin piedad que castiga Bagdad durante días y días, sin descanso.

—Cinco jóvenes respondieron a la llamada. Bajaron de sus casas y se acercaron a los coches para unirse a la lucha contra el Gobierno y formar parte de la revolución —susurra Ahmed mientras me estrecha la mano. Los ojos se le llenan de lágrimas y me aprieta con fuerza—. Los encapuchados les pidieron que fueran ellos mismos quienes tomaran los megáfonos para llamar a más amigos y conocidos que quisieran enrolarse en la guerra santa, pero no bajó nadie más.

Ahmed no quiere seguir hablando. Se despide con gesto serio. Sube los escalones metálicos que llevan a su casa y cierra la puerta. Escucho el ruido del cerrojo y me giro hacia Flayeh y Abu Anwar,

que saben el final de la historia. Los cinco jóvenes de Gaziliya subieron a los coches, y la columna de vehículos abandonó el barrio en plena noche. Salieron a toda velocidad, pero en dirección a Ciudad al Sadr, el gran bastión chií de Bagdad, y no hacia el prometido califato. Milicianos de Asaib Ahl al Haq (Liga de los Justos) disfrazados de yihadistas les habían tendido una trampa, como hicieron esa misma noche en otras zonas suníes en busca de simpatizantes de Estado Islámico. Todos saben que nunca regresarán a sus casas. Cinco nombres más para la lista interminable de desaparecidos, porque Irak, desde el 2003, es el país de los desaparecidos, y la recién nacida guerra contra el califato hará que la lista aumente aún más. ¿Hasta cuándo?